

Anaís Baranda
Barrios

Ilustraciones de
José Fragozo

Los Lucifer



edebé

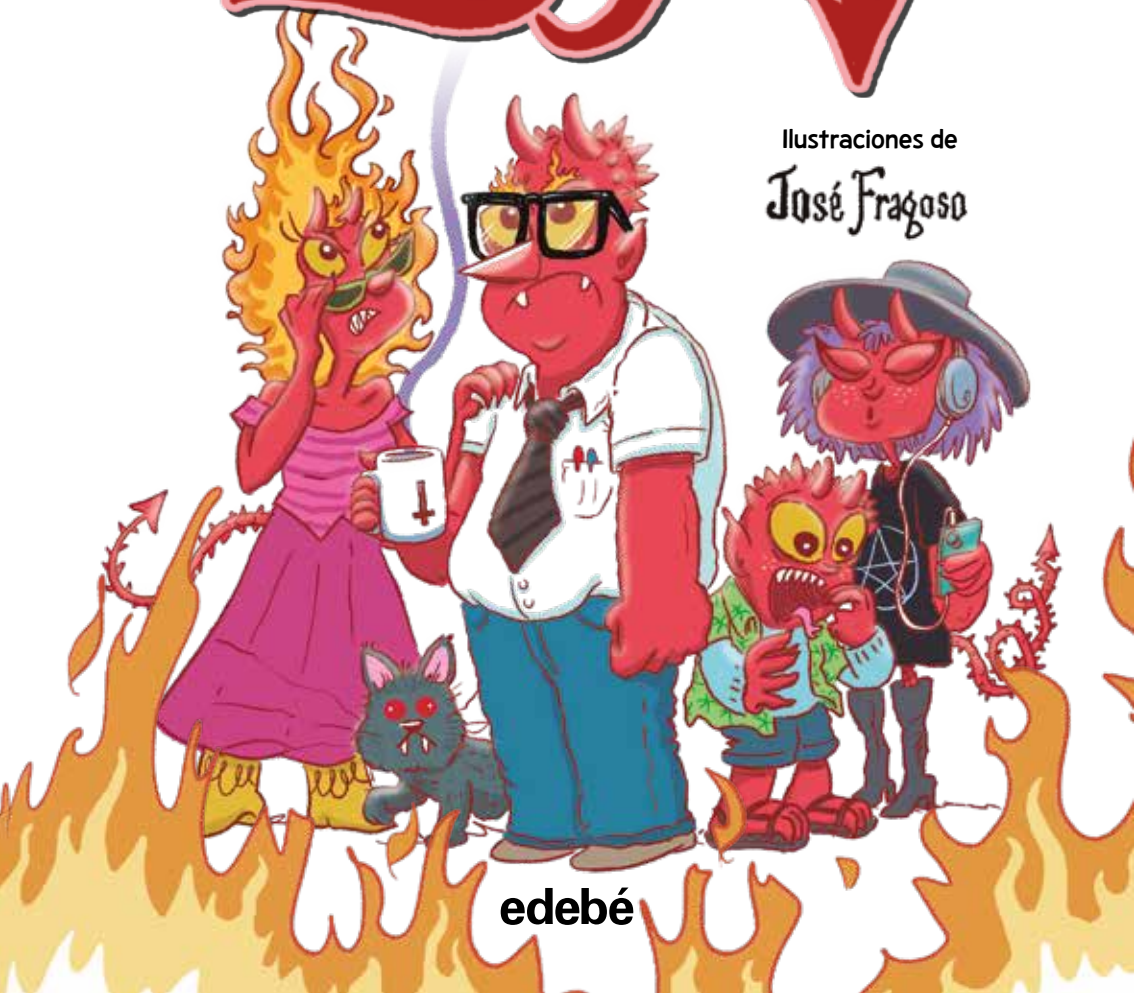
Los Lucifer



Anais Baranda Barrios

Los Lucifer

Ilustraciones de
José Fragoso



edebé

© Texto: Anaïs Baranda Barrios, 2026

© Ilustraciones: José Fragoso, 2026
Representado por Tormenta

© Edición: Edebé, 2026
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño cubierta e interior: Book & Look

1.^a edición, septiembre 2026

ISBN: 978-84-683-7763-6
Depósito legal: B. 2250 -2026
Impreso en España / Printed in Spain



Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

A mis amigas, por abrazar mi luz y mi sombra.

*«El conocimiento de tu propia oscuridad
es el mejor método para hacer frente
a las tinieblas de otras personas».*

Carl Gustav Jung



PERSONAJES

MEFISTÓFELES LUCIFER

Padre de la familia de demonios. Trabaja en el Departamento de Torturas Clásicas del Infierno. Le gusta el café ardiente y pegar patadas a su mascota, Gatosatánico. Solitario y taciturno.



LUZBEL LUCIFER

Madre de la familia de demonios. Profesora de Infantil. Es sociable y le gusta participar en los eventos de la comunidad. Resuelta, suele tomar la iniciativa. Aficionada a hacer pelotillas con la roña que saca de sus garras.

TINIEBLA LUCIFER

Hija demonio preadolescente. Está estudiando posesiones satánicas y su deseo es convertirse en cantante de *black opera*. Le gusta entrar en trance y cantar sus canciones favoritas del revés.



BELCEBÚ LUCIFER

Hijo demonio pequeño. Experto en pirotecnia y petardos. Le encanta quemar cosas y provocar explosiones allá donde va.



GATOSATÁNICO

Mascota endemoniada de los **Lucifer**. Se pasa el día sufriendo el maltrato de sus malvados dueños mientras intenta sacarles los ojos.

SERAFÍN

Ángel de bucles dorados vecino de los **Lucifer**. Bondadoso, amigable y entrenador del equipo de natación sincronizada. Trabaja en las labores de la casa y cuida con gusto a sus amigos y vecinos.



PEDAZO DE PAN

Ángel mujer de Serafín. Tranquila y risueña. Su máxima es que todo se puede resolver con amor y buenas palabras.



AURA

Hija preadolescente de Serafín y Pedazo de Pan. Siempre ve el lado positivo de las cosas. Quiere hacer sentir bien a todo el mundo, igual que su padre. Monta en una bici plateada con cintas en el manillar.

SANTOS

Hermano pequeño de Aura. Aprendiz de petardos y pirotecnia.



DOÑA CELESTE

Señora ángel de avanzada edad, directora del colegio al que acuden Tiniebla, Belcebú, Santos y Aura.



CACTUS

Hijo preadolescente del Diablo. De ojos amarillos e intensos. Manipulador y malvado, como buen hijo de su padre.

EL DIABLO

Es el Gran Jefe del Infierno. Su propósito es hacer el mal y ganar más adeptos a su causa.







1

Aquel día, el señor **Mefistófeles Lucifer**, uno de los peores demonios que jamás hayan existido, iba a recibir la noticia más nefasta de su vida. Pero eso él no lo sabía al salir de casa aquella mañana para ir a trabajar, como sucedía a diario desde hacía más de dos mil años, al Departamento de **TORTURAS CLÁSICAS DEL INFIERNO**. Se puso su habitual vestimenta de trabajo, se despidió de su mujer, **Luzbel**, y de sus hijos, **Belcebú** y **Tiniebla**, deseándoles un día lleno de maldades y sufrimiento, y se subió en su descapotable modelo **Perro Rabioso** para irse a su oficina en el **INFIERNO**.

Pasaba sus ocho horas de trabajo ideando nuevos mé-

todos para **TORTURAR** a todos aquellos que llegaban a las puertas del averno tras una vida poco ejemplar.

Mefistófeles era un gran diseñador y, aunque jamás había **TORTURADO** de forma personal a nadie, todos los inventos más malignos con los que se hacía sufrir a los habitantes del **INFIERNO** salían de su cabeza y de sus manos: disfrutaba imaginando hogueras de fuego infinito y máquinas **SATÁNICAS**, que estiraban los miembros de aquellas pobres almas hasta romperlos. Podemos afirmar, sin duda, que era un hombre pleno y feliz en su ejercicio del **MAL**. Y gracias a eso había ido ascendiendo a lo largo de los años hasta tener un despacho propio, su coche modelo **Perro Rabioso** descapotable y varias almas oscuras en sus manos.

Nada podía hacerle imaginar que sus años de plácida existencia INFERNAL iban a llegar a su fin. Nada. A lo mejor, si **Mefistófeles Lucifer** no se hubiera pasado la mayor parte de los dos mil años de trabajo encerrado en su despacho, habría notado que las cosas ya no eran lo mismo



por los pasillos del **INFIERNO**; a lo mejor, si en lugar de comer a solas mientras diseñaba alguna máquina de **TORTURA**, se hubiera juntado en la cantina con sus compañeros, habría escuchado los rumores que corrían hacía tiempo por la empresa. Pero como no había hecho nada de eso, **Mefistófeles** no tenía ni idea, claro está, de la que se le venía encima.

Apenas llevaba una hora en su despacho, absorto en el dibujo de una nueva maza llena de pinchos para machacar cráneos, cuando recibió una llamada. Su teléfono rojo comenzó a arder, literalmente, y eso solo podía significar una cosa: el **Gran Jefe** quería verlo.

Mefistófeles Lucifer notó, de repente, un pinchazo en su peluda y escarlata barriga. Sus gafas de pasta color negro oscuridad —los años le habían pasado factura a la vista— le resbalaron por la nariz hasta caer sobre el escritorio. Gotas de sudor, gordas como aceitunas, le chorreaban desde los cuernos hasta las cejas puntiagudas, pasando por su nariz con forma de triángulo escaleno. No



había visto al **Diablo**, el **Gran jefe**, en su vida. El único contacto con él había sido a través de sus cartas de ascenso, cuando le daba la enhorabuena por el trabajo realizado, y también a través de la correspondiente felicitación que siempre acompañaba la cesta de Navidad que, cada año, les regalaba la empresa.

Al fin, el descompuesto **Mefistófeles** se atrevió a coger el teléfono que llevaba ya ardiendo unos segundos.

—**Mefistófeles Lucifer** —dijo con la voz atascada entre sus colmillos sarrosos.

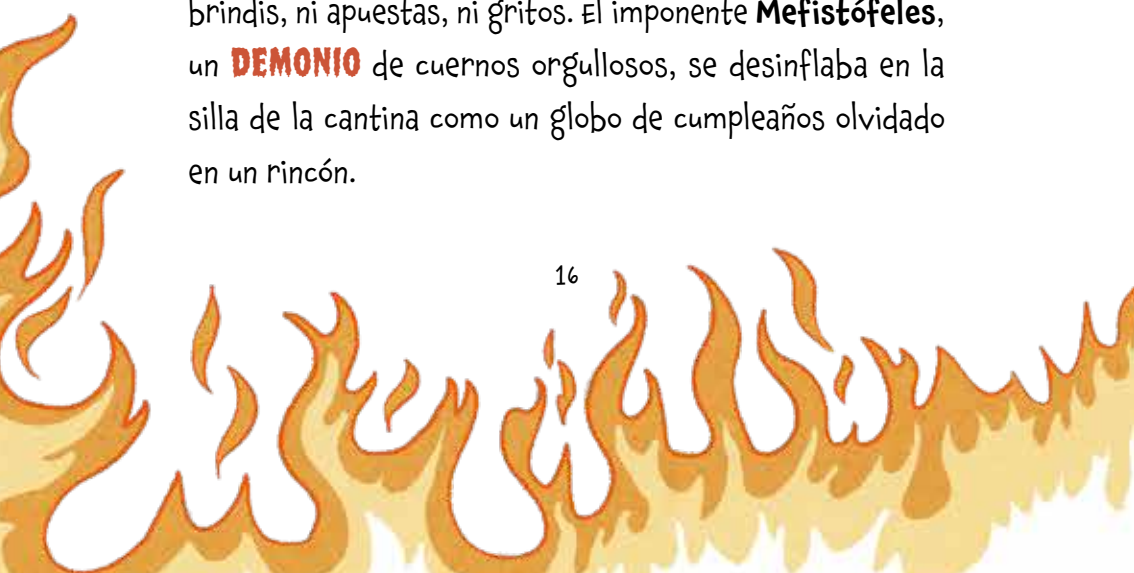
—Señor, le habla el secretario del **Gran jefe**. Solicita su presencia a las cuatro de la tarde en su despacho. Ahora le hacemos llegar un mapa con la ubicación. Sea puntual.

Mefistófeles no pudo ni contestar. Por su cabeza pasaban miles de posibilidades por las que el **Diablo** quisiera verle por primera vez en su vida, y ninguna de ellas le parecía buena. El **Gran jefe** no tenía fama, precisamente, de ser un alma angelical. Quizá alguno de sus inventos de **TORTURA** había fallado e iban a castigarlo por ello; a lo

mejor tenía que haber frecuentado más la cantina para demostrar lo implicado que estaba en la comunidad maléfica; o quizá había llegado un **DEMONIO** más joven que diseñaba máquinas de **TORTURA** más dañinas que las suyas... En cualquier caso, **Mefistófeles** no imaginaba una vida sin poder dar rienda suelta a todo el **MAL** que llevaba dentro.



Aquel mediodía, aunque no tenía nada de hambre, decidió darse una vuelta por la cantina para dejarse ver y calibrar el ambiente. Se sentó a una de las mesas de carbón y se pidió un cóctel *bloody mary*. Como apenas alternaba con sus compañeros, y, además, era el cruento jefe de muchos de los que allí comían, nadie se sentó a su lado. Eso sí, pudo ver que el ambiente no era lo que él recordaba, es decir, demonios riendo con carcajadas guturales, sacándose los restos de los dientes con el hueso de algún animalillo, apostándose sus piedras de coltán por ver quién conseguía el alarido más terrorífico de alguna de las almas perdidas, y brindando con *vino negro* por el trabajo bien realizado. Aquel día, a la hora del almuerzo, la cantina parecía más un velatorio. Los demonios bebían sus vinos con la mirada perdida y el rabo entre las piernas. No había brindis, ni apuestas, ni gritos. El imponente **Mefistófeles**, un **DEMONIO** de cuernos orgullosos, se desinflaba en la silla de la cantina como un globo de cumpleaños olvidado en un rincón.





Mefistófeles apuró el *bloody mary* y abrió el mapa que le había hecho llegar el secretario. El **INFIERNO** es tan grande que da igual los miles de años que pases en él, jamás llegarás a conocerlo entero; así que, incluso para los demonios que trabajan allí, aquel lugar siempre será un misterio. Decidió no postergarlo más y ponerse en marcha, el despacho del **Gran Jefe** quedaba lejos y no quería llegar tarde.

Al salir de la cantina, tomó el ascensor y marcó el piso menos quinientos. Respiró hondo y se acarició los cuernos. Iba directo a las entrañas del inframundo.